

# Luchar y Amar

## Salomón: el amante

Anselm Grün



## Salomón: el amante

Salomón es presentado en el primer libro de los Reyes como monarca sabio. Dios le permite en sueños expresar una petición. Salomón no pide riquezas, sino sabiduría: «Da, pues, a tu siervo un corazón sabio para gobernar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo» (1Re 3,9). Dios le responde: «Te doy un corazón sabio y prudente, como no ha habido antes de ti, ni lo habrá después» (1Re 3,12). Esta sabiduría la demuestra Salomón en el proverbial «juicio salomónico», cuando dos mujeres se dirigen a él acusándose mutuamente de haber arrebatado la una el hijo de la otra. Cuando Salomón decide partir en dos al niño en cuestión, una mujer le ruega que se lo dé a la otra, pero que no lo mate. Salomón reconoce en ella a la verdadera madre. El pueblo queda asombrado de su sabiduría. Hasta la reina de Saba viene para admirar su sabiduría. La Biblia dice de él: «Salomón superó en sabiduría a todos los orientales y egipcios» (1Re 5,10). Lucas ve cumplida la sabiduría de Salomón en Jesús: «Aquí hay uno que es más que Salomón» (Le 11,31). Jesús encarna toda la sabiduría de los judíos y de los griegos, del oriente y del occidente. El Antiguo Testamento atribuye a Salomón muchos proverbios, Salmos e Himnos. Le considera el autor del libro de los Proverbios, del Eclesiastés y del Cantar de los Cantares. En época posbíblica surgen los Salmos de Salomón y las Odas de Salomón. Todo esto demuestra que a Salomón se le tiene por poeta que canta tanto la sabiduría como el amor.

Salomón es famoso no sólo por su sabiduría, sino también por haber amado a muchas mujeres: «Tuvo setecientas esposas con rango real, y trescientas concubinas» (1Re 11,3). La Biblia no le reprocha que tuviera tantas mujeres. En aquella época era algo habitual. Era otra manera de vivir la sexualidad y el erotismo. Este dato sobre el elevado número de mujeres que tuvo Salomón lo podemos comprender también en sentido figurado. En él se nos mostraría que el hombre, tanto ayer como hoy, no se relaciona sólo con su esposa, sino que lo hace con otras muchas mujeres, que despiertan igualmente en su interior sentimientos eróticos. La cuestión es cómo procede con tales sentimientos; ¿Desea poseer también todas aquellas mujeres por las que siente algo, o las respeta en libertad y se alegra de su hermosura y su fulgor?

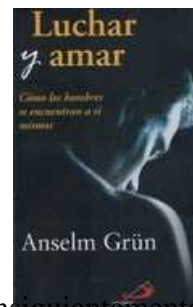
La Biblia no reprocha al amante Salomón que amara a tantas mujeres, sino que entre ellas hubiera muchas extranjeras que, practicando cultos extraños, le arrastraran también a él a adorar a sus dioses. Salomón mandó construir altares en honor a todos los dioses y diosas que sus mujeres adoraban. Se podría decir: El amor a las mujeres se convirtió para él en fatalidad al verlas como diosas. Cuando yo identifico a una mujer con una figura arquetípica, por ejemplo con una diosa o una redentora, entonces me incapacito para el verdadero amor: No amo ya a la mujer, sino al arquetipo que veo en ella. Una vez se me acercó un hombre y me contó que su amiga era para él su redentora. Para mí estaba claro que aquella relación no podía ir bien. Al poco tiempo rompieron. Amar a una mujer significa amarla como mujer, no como una diosa que cura todas mis heridas y soluciona todos los problemas.

Un factor que contribuyó a degradar desde el principio las relaciones amorosas de Salomón con las mujeres fue el hecho de ganárselas sólo por su posición de rey. No tuvo que luchar por ellas. Le faltó la condición de guerrero para llegar a ser un buen amante. Sin desarrollar la faceta de guerrero, el hombre es incapaz de conquistar a una mujer. Al que no es

# Luchar y Amar

## Salomón: el amante

*Anselm Grün*



guerrero le falta la pasión en el amor. Su amor resultará pronto aburrido. Y consiguientemente necesitará una mujer tras otra, porque no sabe amar adecuadamente a ninguna.

De Salomón se dice que «su corazón no perteneció ya al Señor, como el dé su padre David» (1Re 11,4). Dios se enojó con Salomón y le amenazó con despojarle de su remo. Los cuarenta años del reinado de Salomón, que tan sabiamente había comenzado, terminaron así en la división de Israel. Dado que Salomón estaba dividido consigo mismo, también el pueblo se dividió en el reino del sur y el reino del norte. David había comenzado de la nada y murió como gobernante sabio. Salomón comenzó como rey sabio y rico y terminó como un hombre que, dividido por las encontradas tendencias de su alma, provocó la división en su entorno. Tal fue el destino trágico de este gran rey. Pero es un fenómeno que podemos seguir comprobando frecuentemente en nuestros días. Salomón es el típico sucesor. No necesita luchar. Recibe el reino que David, con mucho tesón y esfuerzo, había levantado y consolidado. En lo que concierne a la lucha y a la organización del reino, Salomón se queda muy por debajo de su padre. Interesado por lo espiritual, se desentiende del reino. El reino va así a la destrucción. Lo que había comenzado tan bien se resquebraja por faltarle a Salomón la energía del guerrero y del rey.

Pero, por otra parte, la Biblia dice también que «Salomón amó al Señor» (1Re 3,3). Es evidente, pues, que el amor a las mujeres le capacitó al mismo tiempo para amar de verdad a Dios. No están en contraposición el amor a Dios y el amor a las mujeres. La forma pura de su amor erótico y sexual la expresó Salomón en maravillosos cantos de amor, recogidos en el Cantar de los Cantares. En tales cantos, el autor -identificado posteriormente por la tradición con Salomón- celebra el amor entre un hombre y una mujer como el mayor regalo que Dios ha dado a los hombres. Así se cantan mutuamente el amante y la amada: «¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! ¡Palomas son tus ojos! ¡Qué hermoso eres, amado mío, qué encanto! ¡Nuestro lecho es de flores!» (Cant 1,15-16). Ellos gozan de su amor, plenamente erótico y sexual, y cantan: «No molestéis ni despertéis a mi amada, hasta que ella quiera» (Cant 2,7). El amigo se siente embelesado por el amor de su amiga:

«Me has robado el corazón, hermana y esposa mía; me has robado el corazón con una sola mirada de tus ojos, con una sola perla de tu collar. ¡Qué hermosos tus amores, hermana y esposa mía! Son mejores que el vino tus amores» (Cant 4,9-10). Y la novia canta a su amado:

«Su boca es la dulzura misma, y todo él un encanto. Así es mi amado, mi amigo, muchachas de Jerusalén» (Cant 5,16). Al final de estas maravillosas canciones de amor se encuentra el siguiente juicio: «El amor es más fuerte que la muerte; la pasión más implacable que el Abismo. Sus llamas son flechas de fuego, llamarada divina. Los océanos no podrían apagar el amor, ni los ríos anegarlo. Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa sería despreciable» (Cant 8,6-7). A los hombres les gustan estos versículos del Cantar de los Cantares, que cantan el amor sexual entre hombre y mujer sin indicios moralizantes. Rezuman algo de la libertad y el deseo que el eros despierta en el hombre.

El arquetipo del amante es propio del hombre maduro. Pero a muchos hombres les resulta difícil dar acogida en sí al amante. Esto les obliga a abrir su interior y a dejar el control sobre sí mismos. El amante da rienda suelta a sus sentimientos. Muestra también sin reservas sus heridas. Patrick Arnold piensa que el amante presupone al hombre maduro: «En una persona inmadura y narcisista el amante degenera en el romántico que añora la ostentación exhibicionista o bien en la patología del tipo de personalidad que está siempre dependiendo de

# Luchar y Amar

## Salomón: el amante

Anselm Grün



otros, tipo denominado "lapa"»<sup>1</sup>. Quien se abre al amor, se hace vulnerable. Pero sin amor uno no puede desvelar la riqueza interior de su alma y de su cuerpo. El amor permite irradiar la vida en el hombre. Propio del que ama no es sólo la capacidad de querer a una mujer o de abrirse a una relación de amistad con otro hombre. El que ama es capaz también de entablar la relación con Dios. En una liturgia vibrante es bastante frecuente que el hombre llegue a sentir un amor apasionado hacia Dios. Cuando se sumerge con todo su corazón en los rituales, los cantos o el silencio, brota en él un profundo amor a Dios.

El cristianismo ha separado a veces el amor a Dios y el amor apasionado entre hombre y mujer. Se debía amar ciertamente a Dios con todo el corazón. Pero se sospechaba que el amor entre hombre y mujer distanciaba de Dios. Ahora bien, sin una fuerte dosis de erotismo, el amor a Dios se hace apático. Pierde la viveza de la fantasía y la fuerza de la pasión. Muchos hombres se han alejado de la Iglesia por no haber podido armonizar el arquetipo del amante que sentían en su interior con las ideas eclesiales del amor y la sexualidad. Con frecuencia se han sentido heridos por la Iglesia, ya que esta mezclaba siempre su sexualidad con sentimientos de culpabilidad. Desde la Biblia puede aprender el hombre a confiar en su fuerza erótica y a alegrarse de su sexualidad. La Biblia le muestra igualmente caminos para unir su amor erótico hacia hombres o mujeres con el amor a Dios. Pues, en su enorme necesidad de amor, experimentará cada vez más que Dios infunde en la mujer o en el hombre anhelos que los sobrepasan. El amor hacia la mujer le llevará en última instancia a una dimensión espiritual, le llevará hasta Dios, el único amante que puede colmar todos sus deseos. Cuando un hombre se enamora, no sólo experimenta un embrujo de todo su ser; entra también en contacto con sus necesidades espirituales. Sin la experiencia del enamoramiento, la relación del hombre con Dios se queda seca, vacía, limitada al mero cumplimiento de deberes. Arnold piensa que el enamoramiento desata un terremoto espiritual. Muchos hombres prefieren apartar de sí ese terremoto, porque de lo contrario perderían el control sobre su propia vida sentimental. Pero nuestra relación con Dios se hace afectuosa y cordial sólo cuando una y otra vez nos embarcamos en el enamoramiento y en el amor.

La historia de Salomón nos muestra al mismo tiempo la ambivalencia del arquetipo del amante. En el amor hacia la mujer experimenta el hombre la apertura a la Trascendencia. Vislumbra algo del misterioso amor de Dios. Pero si el hombre diviniza el amor a la mujer, si ve en la mujer a su redentora y su diosa, cae entonces en una dependencia enfermiza. Su alma quedará dividida, como fue el caso de Salomón. El amor a la mujer tiene algo que ver con el amor a Dios. No basta decir, con la teología protestante, que el matrimonio es «una cosa puramente mundana». Así quedaría desligado el amor erótico y sexual de su raíz divina. El amor sexual es una importante fuente de espiritualidad. En él se expresa el amor divino. Pero este no puede ser confundido con Dios. La confusión llevaría a la idolatría.

La Biblia no moraliza, ni siquiera ante el amante Salomón. Señala los peligros del amor, pero no deja de cantar su hermosura. En el amor podemos siempre cometer errores, como lo hizo Salomón. El amante traspasa los límites y no se detiene ante las leyes. Pero el mismo Salomón dice: «El amor disimula las faltas» (Prov 10,12). «Mejor cometer un error por amar demasiado que no cometer ninguno por no amar en absoluto»<sup>2</sup>. También en el amor vamos aprendiendo sólo a base de fallos y de errores. Toda la sabiduría que hayamos podido alcanzar

<sup>1</sup> P.M. Arnold, *Männliche Spiritualität. Der Weg Stärke*, Munich, 1991, 222

<sup>2</sup> Ib, 229

# Luchar y Amar

## Salomón: el amante

Anselm Grün



no nos protegerá de ser ciegos alguna vez en el amor. El amor no nos proporciona sólo gozo y éxtasis, embrujo y armonía, sino también aflicción, soledad, abandono, depresión. Nos conduce a las alturas y a las profundidades de la pasión, al cielo y al infierno, a la luz y a la oscuridad. Posee una enorme fuerza, que hace estallar nuestro mundo de satisfacciones personales. Puede curar nuestras heridas. Pero también nos abre otras nuevas. Sólo quien armoniza las dos partes del amor se verá conducido por él hacia el secreto de la verdadera realización como hombre. Quien sólo fantasea con el amor, lo utiliza como huida de su propia realidad. Quien lo rehúsa, se niega por miedo a la transformación que podría realizar en él.

El arquetipo del amante pone al hombre ante el deber de crecer y madurar cada vez más. El amor le impide identificarse con lo que hace. Quien se identifica con su papel de jefe de empresa, de abogado o de auxiliar profesional se siente demasiado importante para lanzarse a la aventura del amor. Pero así se opone a su desarrollo interior y a su maduración. El arquetipo del amante abre al hombre no sólo al amor hacia una mujer o a la amistad con otro hombre, sino también al amor hacia su propia *anima*. Según C. G. Jung, el *anima* es la parte femenina del hombre. El verdadero amante trata también con ternura su propia *anima*. Intuye que es capaz de amar, capaz de dar y de recibir amor. Y presiente que dentro de él hay una *anima* merecedora de afecto, una fuente de inspiración, de ternura, de compasión y de amor. Sin *anima*, el hombre se seca. Sólo cuando integra su *anima* en el conjunto de su personalidad, llega a ser hombre completo.

La no integración del *anima* se refleja, según Jung, en la volubilidad del hombre. Es el caso de muchos jefes de empresa, cuyas secretarías conocen con precisión el humor que tienen un día u otro y si se les puede proponer o no determinadas peticiones. Pero una secretaria intuye también que en esa volubilidad de un hombre normalmente seguro de sí mismo se esconde una sombra que le hace difícil la vida. No ha integrado su *anima*. Por eso se deja llevar de su humor, y queda a merced de las mujeres, que le pueden manipular a su antojo. Desconoce un trato maduro con ellas. C. G. Jung concibe la integración del *anima* como la obra clave que el hombre ha de realizar en el camino de su realización personal. Pero piensa al mismo tiempo que son pocos los que lo consiguen realmente. En los cuentos aparece siempre el enlace con la novia al final del camino recorrido por el héroe. El verdadero amor se hace posible cuando el héroe afronta sus propias sombras, cuando se enfrenta a los peligros y cumple la tarea que Dios le ha encomendado. Hoy son muchos los hombres que fracasan en el amor por pensar que se trata de algo para lo que ellos por naturaleza están capacitados. Para que el amor tenga éxito se hace preciso encontrarse sinceramente con uno mismo y tener experiencia de las alturas y profundidades del ser humano.